

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN: PREDESTINADOS.....	9
EL FLECHAZO.....	15
Lo que sonaba por casa: herederos y víctimas.....	15
La música en la tele: Minutos Musicales.....	18
Los primeros discos propios: nuestra foto en la portada.....	22
Intimando con la música: la moneda de plata.....	26
El sueño de ser la estrella: una guitarra de aire.....	35
EL CORTEJO.....	41
El reto del grunge: la nueva Sandy.....	41
Entender las letras: la música en 2-D.....	45
Autores personales: adiós a Samantha Fox.....	48
La música en nuestros coches: el rapto perfecto.....	56
La música en la pareja: un trío sin consecuencias.....	59
LA CONSUMACIÓN.....	63
Tocar un instrumento: un cuerpo en la oscuridad.....	63
Tocar con gente: la oca del tablero.....	67
Tocar en directo: rafting sonoro.....	72
Macrofestivales, discotecas y las raves: placer en sintonía.....	75
El redescubrimiento de los Beatles: océano.....	82
LA ESTABILIDAD.....	87
Encarando los géneros: inciensos, psicópatas, wiggers... ..	87
Encarando los cultos: ahogados, facturas, arañas mar- cianas.....	97
Las tiendas de discos e instrumentos: el futuro y las crisálidas.....	103
Ipod: mariposas imaginarias.....	108
La música en nuestras casas: canciones sin pestillo.....	113
EL RECUERDO Y LA PROMESA.....	117
La ruptura con los ídolos: "Sitting on the dock of the bay".....	117
Ídolos menores que tú: el aliento del vacío.....	120

La música que no entendemos: tiranosaurios vs alienígenas.....	124
La relación con los antimúsica y los nomúsica: ¿R5 o R3?	131
El pasado sonoro: jugando en la plaza.....	135
CONCLUSIÓN: EL NUEVO MUNDO, LAS NUEVAS VIDAS.....	139

INTRODUCCIÓN: PREDESTINADOS

¿Qué nos pasa? ¿Por qué no podemos vivir sin música? ¿Cómo han llegado el rock y el pop a darnos este beso eterno, a seducirnos con esta deliciosa violencia? Hoy gran parte de la gente de veinte a cuarenta años nos reconocemos enamorados de las canciones, protagonistas de una historia de amor que comenzó sin darnos cuenta y que ahora sabemos incombustible. Este idilio sin precedentes se desencadenó en la adolescencia, en un momento en el que éramos vulnerables a cualquier flechazo. Sin embargo, a lo largo de los años nuestra relación se ha demostrado sólida y extraordinaria.

Hoy la música es un acompañante irrenunciable. Y es que, en primer lugar, ya no la consumimos únicamente como ocio y en el tiempo de ocio, sino que ha traspasado el umbral del entretenimiento para sustituir a otras esferas como la política o la religión. Los nacidos en los setenta, los hijos de la Transición, como nos bautizaría algún contertulio coñazo, comenzamos a interesarnos por el pop a finales de los ochenta, en un momento en el que los valores políticos y religiosos estaban en crisis.

Nuestros padres, durante su adolescencia y juventud, vivieron irremediamente condicionados por el franquismo. La religión era la otra coordenada que guiaba sus vidas. Por eso los cantantes y los jóvenes oyentes españoles de los años sesenta y setenta compartieron una música tintada de aspiraciones y protestas (además de esa otra totalmente opuesta, frívola y evasiva, que hablaba de bikinis a rayas).

Sin embargo, a finales de los ochenta, la situación en España, con una democracia consolidada tras diez años

de Constitución, en un momento de crecimiento económico en plena segunda legislatura de Felipe González y recién ingresados en la Comunidad Europea, era tranquila. Nuestros intereses a los quince años no tenían que ver con la política, que permanecía calmada a excepción de los atentados de ETA. Nuestros padres, sedientos de un clima político estable tanto para ellos mismos como para nosotros, incluso nos mantuvieron muchas veces alejados de los temas parlamentarios, no queriéndonos contaminar con los rescoldos de una España dividida, mal cicatrizada pero al fin libre.

Nuestra ausencia de compromisos en un momento en el que los telediaros eran un rollo y la catequesis el capricho de las abuelas, fue suplida por la música, que tomó el lugar de los mítines y las homilias. Toda generación necesita unas creencias, unos ideales, y más durante la juventud. Nosotros crecimos en un momento en el que Dios había perecido en una cama de La Paz y el último héroe político había muerto en Bolivia.

La música, al mismo tiempo, también se relajó. Lo que sonaba en los ochenta se llamó AOR (Adult Oriented Rock), una música hecha y consumida por adultos, aquellos que vivieron el nacimiento del rock. Esta música no permitía excesos ni innovaciones, era “políticamente correcta”, apostando por glorias modosas y consagradas como Don McLean y Gary U.S. Bonds. En los ochenta, el rock ya se ha hecho mayor, incluso gran parte de los artistas que triunfan en esa década son solistas de ex grupos más movidos: Stevie Nicks, de Fleetwood Mac; Phil Collins, de Genesis; Lionel Richie, de Commodores; Robert Plant, de Led Zeppelin; Glenn Frey y Don Henley, de Eagles; o Tina Turner, de Ike & Tina. De las seis grandes figuras de los ochenta, dos ya pertenecían a la década anterior: Michael Jackson y Sting. Las novedades son U2, Madonna, Whitney Houston y Prince.

De Estados Unidos llegó, al igual que del Reino Unido, una música más “musical”, menos gutural, más tranquila,

más lúdica, más íntima. Edie Brickell and The New Bohemians se hicieron tremendamente populares con un disco llamado *Shooting Rubberbands at the Stars* (Disparando gomas a las estrellas), Belinda Carlisle cantaba “Heaven is a Place on Earth” (El cielo es un lugar en la Tierra) y Bruce Springsteen, que saltó a la fama en el 74 con una camiseta rota y gritando que había nacido para correr, se casaba y se compraba un traje y un Cadillac para posar en la portada del disco *Tunnel of Love* (Túnel del amor). Black con la canción (y el álbum) “Wonderful Life” (Vida maravillosa) y Fairground Attraction con “Perfect” (dentro del LP *The First of a Million Kisses* —El primero de un millón de besos—), contribuyen a ejemplificar el ambiente naíf de 1988, de calma feliz. Un optimismo, un romanticismo incluso exacerbado en ídolos de quinceañeras como Rick Astley, Glen Medeiros o Richard Marx.

Esta nueva ola anglosajona conectó perfectamente con los jóvenes que empezamos a interesarnos por las canciones a finales de los años ochenta. Nuestra política era la que nos dictaban los cantantes que nos susurraban desde los discos o la radio, y no nos incitaban a mandarlo todo a la mierda (*Never Mind the Bollocks* —Nos importa unos cojones— decían los Sex Pistols) sino a pasárnoslo bien (*Hombres G*), a no preocuparnos y ser felices (*Bobby McFerrin*) o a perseguir a la mujer de nuestros sueños (*Samuel E. Wright*).

Lo mismo ocurría con la religión. Esos cantantes ejercían, no ya el papel de ídolos musicales, sino de místicos, de chamanes, gentes que parecían comprendernos como nadie, conocer nuestros verdaderos anhelos y frustraciones, nuestros deseos y odios. Sentíamos una misteriosa conexión entre nuestros pensamientos y los mensajes escarificados en el vinilo. Comulgábamos con el deseo de ser un malo cool de Michael Jackson, con la melancolía de Chris Isaac, con el sobrio lirismo de Leonard Cohen, con el romanticismo de Terence Trent D’Arby. Reaccionábamos sin opción a los estímulos sexua-

les de Patsy Kensit (Eighth Wonder), de Kylie Minogue, de Wendy James (Transvision Vamp).

Pero una de las definitivas claves del entendimiento entre la música y los nacidos en los setenta es el individualismo. La fuerza de la música no nos resultaba avasalladora, tiránica o imperativa porque no se dirigía a la masa. Los cantantes no actuaban con nosotros como líderes declamando ante una multitud, como un presidente o un Papa, sino que nos hablaban individualmente, a cada uno de nosotros por separado.

Los adolescentes de finales de los años ochenta éramos ya una generación fragmentada, heterogénea, variada. No había un gran enemigo (o aliado) común como el franquismo, ni una fe unívoca que había aglutinado y galvanizado el pensamiento y el uniforme de la generación precedente. A las puertas de los años noventa comenzaban a proliferar las tribus urbanas, muchas de ellas engendradas a partir de una música diversificada como nunca: los rockabilies, los raperos, los siniestros, los mods, los heavies... En ese nuevo tiempo era imposible que un solo artista hablase a todo el conjunto de la juventud como ocurrió en los cincuenta con Elvis, en los sesenta con los Beatles y en los setenta con Bob Dylan. Cada grupo de jóvenes tenía sus creencias, sus ideales, su propio gusto musical. En un escenario libre y amplio sin precedentes, el discurso sonoro era más segmentado pero, a la vez, más directo, más calibrado, más certero. Las tribus urbanas, que ya suponían una multiplicidad estética e ideológica respecto al homogéneo magma de la generación pasada eran, aún así, los grupos más parecidos entre sí. Porque la gran mayoría éramos adolescentes creciendo en un panorama español abriéndose a Europa y al mundo, modernizándose, en un buffet de tendencias y estilos, de filosofías y maquillajes.

La profunda historia de amor de nuestra generación con la música es, en realidad, la suma de millones de idilios privados, únicos, muchas veces clónicos pero

sentidos individualizadamente, de tú a tú, de canción a oyente. Una relación intensa y sincera, sin exigencias ni contraprestaciones, sin intereses ni objetivos. Una fusión sana capaz de ser consumida y consumada en la intimidad y, al mismo tiempo, de abrirse a la gran orgía de los macrofestivales, las discotecas y las raves.

El pop y el rock, por supuesto, siguieron dominando el ocio, siendo el condimento indispensable del tiempo de recreo, un espacio que, en los años noventa, cobró una inmensa importancia. Gran parte de los universitarios de nuestra generación nos sentimos profesionalmente frustrados tras terminar la carrera, unos estudios que muchas veces escogimos atendiendo más al futuro laboral que a las propias vocaciones. Nuestros padres, basados en su propia biografía, creyeron que el paso por la universidad nos granjearía un porvenir profesional brillante. Éramos una camada nacida en democracia, con la posibilidad de formarnos como lo hacían las juventudes de los países más aventajados de Europa. El problema es que millones de padres pensaron lo mismo. Y nosotros nos descubrimos recién graduados y en el paro, con una competencia voraz, formando parte de un alarmante excedente de periodistas, abogados, médicos o ingenieros.

Algunos hemos tenido que recurrir a estudios de postgrado, a másters, a becas... en definitiva, a una educación adicional para desmarcarnos de la gran masa de licenciados. Aún así la mayoría hemos acabado trabajando en puestos, o ajenos a nuestros estudios (pues no hemos encontrado nada en nuestra rama), o mal pagados y con unas tareas por debajo de nuestra alta cualificación (tras estar formándonos hasta casi los treinta años). Ese panorama laboral tan idílico ha resultado, pues, un espejismo. Somos una generación tan frustrada profesionalmente como cualquier otra, quizá más en cuanto que nuestras perspectivas superaban a las de promociones anteriores.

El ocio ha sido nuestra vía de escape. Además, ha resultado una autopista de banda ancha, con decenas

de carriles en mil direcciones. Mientras que la carrera profesional ha encallado en una vía muerta, la oferta de desfogue ha sido espectacular. Nuestros padres se divertían en guateques improvisados en las casas, en escasos garitos con poca diversidad de ambientes. Sin embargo nosotros hemos gozado de un panorama amplísimo y multicolor. Macrodiscotecas, bares de copas, centros comerciales, botellones, numerosos conciertos... incluso el "ocio interior" se ha visto reforzado y gratificado con la televisión en el propio cuarto, con el vídeo, con las consolas de videojuegos, con el walkman (luego reproductor CD y más tarde el Ipod) e Internet. En todos estos espacios la música ha jugado un papel determinante. Una fiesta, una bolera, unos salones recreativos, un local de comida rápida o una tienda de ropa resultaban más atractivos con música. Las canciones se convirtieron en un reclamo incondicional para nuestra juventud que, enseguida, las asoció a un universo de liberación y bienestar opuesto al silencioso y opresor mundo de la facultad o la oficina.

La pureza de intenciones de la música de la segunda mitad de los ochenta y el remanso social y espiritual de los adolescentes de entonces se gustaron inmediatamente. Se desencadenó un affair que aún perdura, fue el inicio de una aventura apasionada que, como buena historia de amor, se ha ido actualizando, reinventado, salvando obstáculos y fortaleciendo.

Han pasado más de veinte años y aún suena nuestra canción.

EL FLECHAZO

LO QUE SONABA POR CASA: HEREDEROS Y VÍCTIMAS

Somos herederos, cuando no víctimas, de los discos que había por casa. Nuestras primeras experiencias musicales provinieron de los vinilos que nuestra madre ponía en el venerado tocadiscos del salón mientras planchaba en la cocina (a un volumen respetable, por tanto). Pocos tuvimos la suerte de disfrutar de algo más refinado que Los Llopis, Fórmula V o Juan Pardo. Serrat y Aute eran el cúlmen de la sofisticación dentro del panorama español, que entonces nutría la mayoría del repertorio doméstico.

Los padres más progres contaban con el Oxygène de Jaen-Michel Jarre y algún disco de rock sinfónico, con suerte Pink Floyd. Pero esta clase de álbumes los descubrimos más tarde, cuando nuestro interés musical nos incitó a escharbar en lo más recóndito de los armarios donde vegetaban esos discos con sus cartones casi intactos, prueba de que habían sido un experimento poco satisfactorio espiritualmente y, en cualquier caso, desacreditado como banda sonora del planchado en comparación con Julio Iglesias.

Janis Ian, Genesis y Bee Gees solían completar un catálogo generalmente escuálido. Es cierto que la compra de discos en los años setenta no era tan común como lo fue para nosotros en los ochenta y los noventa (hasta que prácticamente la erradicó el ADSL en la primera década del siglo XXI). Los álbumes eran caros y objetos de largo consumo, concebidos para numerosas escuchas, no como el producto de degustación inmediato y rápido en el que se ha convertido la música hoy.

Los discos de nuestros padres no significaron el principio de nuestra historia de amor con la música, sino el testimonio de la suya, un idilio en decadencia pero aún resistiéndose a morir. Nuestra madre tarareando "Hey!", nuestro padre luchando por distinguir a Bach de Beethoven, sus historias de mocedad acompañadas de canciones que ni siquiera poseían en un vinilo nos hicieron conscientes de la seducción de la música, del valor de las canciones como hilo sonoro de la vida.

Durante la infancia solicitamos la ayuda de nuestros padres para poner el disco de Parchís, de Enrique y Ana, de Los Pitufos o el recopilatorio con las canciones de las series de dibujos animados. Nuestra madre o padre ejercían de disc-jockeys, se transformaban en esa prodigiosa figura capaz de manejar el delicado aguijón del tocadiscos que posaban sobre el plato en un ejercicio de afinadísima acupuntura musical. Volteaban delicadamente el vinilo, tocando únicamente el canto para evitar estampar su huella en la cara intolerante al contacto humano, constituida de un material incopiabile, inexistente en otro objeto, incompatible con el profano tacto digital.

El tocadiscos era un elemento menos sagrado que aquella gramola de los años cuarenta, pero todavía colmado de respetabilidad, de sofisticación y magia. Era el aparato más fascinante de la casa. Eso constituía una de sus características determinantes: solo habitaba en los hogares, formaba parte de la vida de sus ocupantes y, en consecuencia, de un momento y un lugar concreto. La música estaba ligada a un instante de recogimiento doméstico. Por supuesto que los bares y las discotecas también poseían el mismo reproductor de discos, pero eso contribuía a valorizar al propio tocadiscos, carísimo y dotado de alta tecnología, y a entenderlo como una sucursal casera del gran icono de los templos musicales.

El instante en el que nuestros padres nos concedieron la potestad de manipular el tocadiscos, de darle la vuelta a los vinilos, de sostener entre nuestro pulgar y nuestro índice la delicadísima aguja como si fuese

un insecto, nuestra historia cambió. Esa autonomía nos permitió explorar la discografía de nuestros mayores con total libertad, saltarnos canciones y rastrear el contenido de los discos sin supervisión ni consejo. Entendimos que en casa podía sonar lo que quisiéramos, nos descubrimos dueños de la atmósfera musical del salón, de un poder inaudito para un niño de doce años que no tenía permiso ni para subir solo en el ascensor. Fue entonces cuando quisimos tener nuestros propios vinilos.

Nuestros padres ya nos han inoculado para siempre los gustos más extravagantes e inconfesables a fuerza de escuchar su discografía. Mientras tuvimos veintitantos solo revelamos ante intimísimos amigos y chicas en trance de relación sentimental que nos gustaba Raphael o Isabel Pantoja. Sin embargo esas debilidades indeclarables, ya entrados en los treinta, se han convertido en aflicciones entrañables y queridísimas, la huella del amor de nuestros padres por la música.

Pero en la infancia no solo nos influyeron musicalmente los progenitores, sino también los hermanos mayores o los primos punkies. El problema de ser chico y poseer una hermana es que el bombardeo musical de Bros, Eros Ramazzotti u OBK probablemente fue mucho más doloroso que el de Rocío Jurado o Mocedades por parte de nuestras madres (normalmente más musicales que los padres). También es cierto que alguno padeció la pasión de un hermano mayor adicto a la lírica de La Polla Recórd, Los Enemigos, Leño o Asfalto. En cualquier caso, la música de los hermanos o las hermanas tenía que ver con artistas de actualidad (aunque Rocío Durcal, Manolo Escobar o Perales siguieran haciendo música en los ochenta, no nos atreveríamos a llamarlos así).

Mientras que los gustos musicales de nuestros padres permanecieron en nuestro interior primero como un vicio inconfesable y luego como una querencia entrañable, la música que ponían nuestros hermanos o hermanas los sábados por la mañana a todo volumen en la mini cadena traída por los Reyes Magos sí que nos caló. Aunque lue-

go no hayamos ahondado en esos terrenos musicales (el de la melosidad italiana o el heavy nacional), al menos nos mostraron un escenario actual, el reflejo de lo que estaba de moda. Ese aprendizaje significó el inicio de una culturización musical, nos incitó a discernir entre estilos, entre las voces que se filtraban por debajo de la puerta encerrada del dormitorio de nuestra hermana adolescente, que batían por el pasillo provenientes del cuarto de nuestro hermano mayor empapelado con rostros de bandas casi tan jóvenes como él, de chicas en bikini y Ferraris.

Poco a poco se fue instalando en nuestro interior un prurito estético, sensitivo, emocional que solo calmaba la música. Nuestros sentimientos adolescentes se veían representados, estimulados o inducidos por algunas de las canciones que escuchamos en casa. Un vergel de inquietudes aguardaba cristalizado en aquellas grabaciones de tres minutos. Fue fascinante descubrir que siempre estuvimos dentro de ellas.

LA MÚSICA EN LA TELE: MINUTOS MUSICALES

Minutos Musicales era una mala noticia. El rótulo aparecía en la tele cuando fallaba la emisión. Normalmente nos sorprendía mientras esperábamos una serie de dibujos animados o un programa infantil. Minutos musicales era el comodín de Televisión Española para arreglar cualquier enredo mientras ponía videoclips.

En la infancia los vídeos musicales no nos interesaban, tanto porque uno a los ocho años prefiere ver a Espinete que a Cyndi Lauper (aunque luego hemos comprendido que no había grandes diferencias estéticas) como porque la calidad era pésima. Efectos especiales pobres, degradados cutres, sobreimpresiones horteras, al margen de la escandalosa estética ochentera, los paleo-videoclips no eran la mejor manera de entretener a una audiencia preadolescente.

Sin embargo, la televisión tuvo una importancia sin precedentes en nuestra formación musical. En los ochenta

el videoclip supuso una revolución. En 1981 se creó la MTV, la primera cadena dedicada exclusivamente a la emisión de vídeos musicales. Dos años después llegó su momento álgido con el vídeo de "Thriller", una mini película de diez minutos en la que Michael Jackson (que no solo se convirtió en el rey del pop sino también del videoclip en la siguiente década) se transformaba en el zombi más marchoso del cementerio. Un vídeo que, no lo negaremos, aterrizó a toda una generación.

El vídeo musical fue ganando importancia como vehículo promocional de un cantante sin la necesidad, muchas veces, de hacer giras. El éxito del formato atrajo a las televisiones y a las cadenas que se ofrecían a emitirlos gratis (un negocio redondo). El problema de esta promoción enlatada era la posibilidad de fraude, como ocurrió con el mítico caso de Milli Vanilli. Frank Farian, productor de Boney M, entre otros, tenía a un tipo que componía canciones pegadizas y con poder comercial, pero también tenía un gran problema: ese hombre era bajo, gordo y viejo, al menos para el canon de estrella del pop. Los músicos de acompañamiento también estaban pasados de años y escasos de pelo, así que decidió contratar a dos modelos jóvenes, guapos y fornidos: Rob Pilatus y Fabrice Morvan, y colocarlos en la portada del disco y haciendo playback en el vídeo musical. El álbum All or Nothing arrasó, vendió seis millones de copias y varios singles llegaron al número uno ("Girl You Know Is True", "Baby Don't Forget My Number", "Girl I'm Gonna Miss You" y "Blame It On The Rain").

Pudieron vivir del cuento dos años, hasta que su negativa a hacer giras (en las que forzosamente debían abandonar el playback) y el hecho de que ningún botones les oyese cantar ni siquiera en la ducha les delató. Milli Vanilli, una vez confesada su estafa, devolvió el Grammy conquistado y la carrera de los dos guapetones fracasó cuando intentaron abrir la boca para entonar de verdad. Los legítimos intérpretes y compositores también procuraron sacar tajada del asunto y grabaron un disco en el

que mostraban su auténtico aspecto, confiados en que el potencial de la música se acabaría imponiendo. Error.

A finales de los años ochenta, gran parte de la programación juvenil estaba basada en espacios musicales que configuraron la melomanía de toda una generación, la generación de la televisión (luego vendría la del ordenador). Número Uno fue un programa revelador para muchos de nosotros, que cada semana contemplábamos cómo una adolescente con voz ronca y un señor con bigote nos contaban los avatares de las listas de éxitos ilustrándonos cada subida, bajada o nueva entrada con el correspondiente vídeo.

Con aquellas imágenes comprendimos que había algo “raro” en la sexualidad de Jimmy Somerville, entonces cantante de Communards, nos enganchó la mixtura racial de Tanita Tikaram y nos rompimos la cabeza intentando comprender los vídeos de Pet Shop Boys. Quién sabe si la música habría surtido el mismo efecto en nuestra generación sin el soporte televisivo. En aquel momento la tele fue una auténtica ventana a los aires musicales del mundo, sumada al escaparate de las numerosas radiofórmulas.

La pareja de presentadores de Número Uno eran nuestra prima y nuestro tío, esos personajes cercanos (nada de los guapetones y las macizorras que protagonizaron posteriores programas musicales como La Quinta Marcha —Penélope Cruz y Jesús Vázquez— o Música Sí) de quien nos fiábamos. En los años ochenta, más que en las dos décadas precedentes, la imagen de los grupos y solistas era una parte esencial de su producto. Nosotros, pues, nos enfrentamos a todo el pack, imposible separar la voz de Peter Gabriel o de Roxette de sus caras.

Al igual que A Tope, Rockopop fue otro programa musical, sucesor de Aplauso o Tocata, que nos sirvió de escaparate al panorama pop tanto nacional como internacional. Presentado por Beatriz Pécker, el espacio semanal contaba con actuaciones en directo, entrevistas y videoclips. Nacha Pop, Radio Futura, Un Pingüino en mi Ascensor, Rosendo, Tahúres Zurdos o Mecano fueron

algunos de sus protagonistas, aparte de importantes figuras extranjeras como Deacon Blue.

A finales de los ochenta las antenas parabólicas llegaron a muchos hogares de las grandes ciudades permitiéndonos sintonizar canales de diferentes países europeos: la TV5 francesa donde ponían programas de escritores sentados frente a escritores, la RTL luxemburguesa donde cazábamos películas eróticas en alemán los sábados por la noche o la Super británica que nos ofrecía una programación musical variada. Este canal contaba con buenos espacios que emitían, sobre todo, vídeos musicales de artistas conocidos y de otros que apenas comenzaban a despuntar en España.

Como cualquier líder político o religioso, los cantantes aprovecharon el poder comunicativo y seductor de la televisión. Aunque ya en los años sesenta el flequillo de los Beatles había supuesto una revolución estética en su horda de seguidores, fue realmente en los ochenta, a través de los videoclips, cuando el look de los ídolos contagió a sus fans. La manera de demostrar fidelidad y empatía con nuestros cantantes favoritos, no solo ante los demás, sino ante uno mismo, consistía en copiar su aspecto. Los adolescentes de finales de los ochenta éramos demasiado jóvenes para enfrentarnos a los padres y al director del colegio rapándonos el pelo como MC Hammer o pintarrajeándonos los ojos con el rimel de nuestra madre como Robert Smith (The Cure). Entonces simplemente flirteamos con la imagen guay de los rockeros comprándonos una pulsera de hilo en un mercadillo de verano, un pendiente de pinza (sin necesidad de perforar el lóbulo) o un colgante de plata (falsa).

Pero aquellos programas musicales que nos inyectaron la pasión por la música sí nos empujaron a tomar conciencia de nuestro físico, del abismo que se abría entre la pop star y nosotros. ¿Cómo era posible sentirnos tan cercanos, incluso querer ser ellos y, sin embargo, tener un guardarropa tan diferente? Supimos que eso algún día cambiaría.

Lo verdaderamente novedoso del panorama de la segunda mitad de los ochenta fue la gran variedad de

estilos musicales y estéticos. Los ídolos masculinos de nuestros padres, en cambio, vestían casi todos traje (mientras chasqueaban los dedos al cantar) y ellas túnicas y pelos planchados (mientras agitaban la cabeza). Pero los sábados por la tarde en nuestra tele desfilaban siniestros, roqueros, tecnos, raperos, dandis o putones. Docenas de púlpitos desde los que todo tipo de trovadores reclamaba nuestra atención, nuestra devoción y la consagración de nuestro ropero.

Durante los años noventa, sin embargo, la música dejó de seducirnos a través de la televisión. Programas como Circo Pop (una tragicómica mezcla entre el espectáculo de carpa y las actuaciones musicales) o Séptimo de Caballería no acabaron de funcionar con nosotros. En la última década del siglo xx nuestra relación con la música se convirtió en un vis-à-vis real, un contacto directo con la dimensión sonora a través de los conciertos o la escucha masiva de discos.

Solo en los últimos años hemos recuperado la pasión por ver vídeos y actuaciones en directo gracias a la proliferación de los DVD, una estrategia comercial con la misión de mitigar el daño que la piratería le ha infligido a la venta de compactos. Hoy la gran ventaja del DVD es que su visionado es voluntario y no son minutos, sino horas musicales.

LOS PRIMEROS DISCOS PROPIOS: NUESTRA FOTO EN LA PORTADA

Nuestros primeros discos de verdad fueron regalados. Con trece o catorce años la música se convirtió en un razonable tema de interés, algo que aprovecharon los familiares el día de nuestro cumpleaños o en Reyes. Lo malo es que, a esa edad en la que todavía estábamos acabando de definir nuestro peinado y gusto musical, nuestro entorno se demostró aún más extraviado. Bananarama o New Kids On The Block no resultaron ser la mejor elección para unos chavales que comenzábamos a tomarnos en serio la música.

Entonces, aún a tientas, tratábamos de encontrar esa descarga emocional de excitación, melancolía o euforia